

ARMENIA
MUSICO
(1950).

- JORGE LÓPEZ PALACIO
20

Jaramillo, María Eugenia López Palacio, Angela María Escobar
Latorre, Luz Aida Aguirre Marín, Martha Moreno Sabogal, Manuel
Aníbal Moreno Sabogal, Belén Sánchez Cáceres, Gladys Gutiérrez
Palacio, María Victoria Tirado Jaramillo, Elvira Tirado Jaramillo,
Martha Cecilia Urrea Botero, Teresita Urrea Botero.

- Médicos: José Hernando Cardona Montoya, Alberto Angel Hoyos,
César Ruiz Hembra, César Augusto Beltrán Bocanegra.

- Psicólogos: Diego Zuluaga Mejía, Martha Lucía Castaño Moreno.

- Bacteriólogos: Diego Angel Hoyos, Isabel Angel Hoyos.

- Odontólogos: Luz Elena Alzate Gutiérrez.

- Educación Pre-escolar: Beatriz Naranjo Arango, Ana María
Alzate Gutiérrez, Inés Lucía Torres Velásquez, María Isabel
Gómez Hoyos.

- Tecnología Educativa: Luis Gerardo Tamayo Velásquez, María
Teresa Castaño Moreno.

- Antropología: Jorge López Palacio.

(x) Apuntes B, Efran y otros. Historia del Baño
El Alcázar. (Trédito). Anecdot. I.C.T. Historia de
el Baño, 1989, 62 p.

8.1 LOS INOLVIDABLES FESTIVALES DE NUESTRO BARRIO

Doña Bertha Isaza de Gutiérrez tiene en su estilo descriptivo de una situación cualquiera, una ligera y amena semejanza con la forma y la manera como Don Tomás Carrasquilla, el gigante antioqueño del costumbrismo, pergeñaba sus páginas inmortales. Esta convicción nos la depara la lectura de sus recuerdos sobre cómo los vecinos iniciales del "Alcázar" organizaban y realizaban sus festivales para el recaudo de los dineros necesarios a la financiación parcial de su empresa constructora.

Veamos cómo describe Doña Bertha este recuerdo:

"Se adecuaron los lotes, y esta circunstancia hizo que el entusiasmo se apoderara de todos estos matrimonios jóvenes que, sin pensarlo dos veces, empezaron a realizar festivales domingueros, utilizando un lote en el que hoy se levanta la Torre Horizonte.

Las fritangas, las empanadas, los tamales, el aguardiente animaban estas tertulias, cuyo producido era destinado a obras sanitarias, como el acueducto y el alcantarillado del Barrio incipiente. Todos los futuros vecinos participábamos activa y directamente en estos eventos. A cada casa se le asignaba una contribución de las comidas que se vendían en el festival: el guiso para las empanadas, Melva Arcila; la masa, Elenita Mejía; la natilla, Inés Arango y Bertha Isaza; el mondongo, Ligia Mejía y Orfa Valencia; la chicha, Sofía Ramírez; los buñuelos, Isaura Escobar y Dora de Mowerman; la mazamorra, Elvira Palacio, y los tamales y los "viudos", Maruja González.

Para vender el trago pequeño y cobrarlo caro, los especialistas eran Aníbal Jaramillo, Bernardo Naranjo y Milciades y Enrique Gutiérrez. Y por la noche ya no había sujeto: las señoras, rendidas de hacer oficio y de luchar con los "chinitos", que ciertamente no eran pocos; los niños, con indigestión por todo lo que habían comido durante el festival, y los señores, alzaditos y pasados de copas.

Estos festivales se fueron haciendo costumbre en nuestra comunidad, y se celebraron: primero, para las mejoras del Barrio; segundo, para la Capilla del Colegio del Rosario, y por último, para la Parroquia del Espíritu Santo.

Ya para esa fecha se contaba con la colaboración de nuevos residentes en el Barrio, destacándose por su entusiasmo y alegría Luis Carlos Alzate, Grecia e hijos y Gabriela Jaramillo de Tirado e hijos. Como ya la Avenida Bolívar estaba muy poblada, y habían surgido muchos otros barrios vecinos, los asistentes a los festivales aumentaron en número considerable y, por consiguiente, crecieron los ingresos".

César Naranjo Arango hace, igualmente, referencia a hechos y personajes de aquella dorada época:

"... Yo recuerdo el día que los socios del Barrio iniciaron la construcción de las casas del Barrio "Alcázar", se celebró en la caseta de materiales una reunión, trago, fritanga, etc., y la animó nada menos que el doctor Alfonso Ortiz Tirado, gloria musical de aquella época. Juan Legido, recientemente fallecido en Bogotá, también utilizó la caseta como escenario de su espectáculo musical, en compañía de Betty Meléndez, la gitanilla de Triana. No únicamente el arte musical estuvo presente en la caseta de materiales. La política, encarnada en los expresidentes Mariano Ospina Pérez y Carlos Lleras Restrepo, también honró ese inolvidable lugar. El encargado de la tienda que también funcionó era el negro Zabino y la negra Carmen. Los muchachos de aquella época no teníamos más en que

entretenernos que tirar "cauchera", jugar futbol y montar en bicicleta, claro que aparte de esos tres, estaba el de poder volarnos sin permiso de nuestros padres a vivir los mejores momentos en las "marranas" o "carretas" sobre rieles del tren a Ibagué que pasaba cerca a nuestro Barrio, lo mismo a trepar los barrancos de la banca de dicha obra.

Nosotros los niños de 9, 10, 11 y 12 años teníamos una "barra" de muchachos de la zona del alto de la divisa, los hijos de Don Pascual Montoya o sea los "cagarrutas", los hijos de una viuda Maruja González "los viudos", los hijos de la señora del servicio de Isabel Arango "los Mendoza", el hijo de Ramón Toro el electricista de confianza "mocho" y el "negro Ancízar", todos los cuates eran humildes pero muy buenos amigos y fueron de eso lo que llamamos hoy nuestros "guardaespaldas".

Nosotros en el Barrio Alcázar, "la barra" eramos "los moscos", por el apodo de mi padre, el mono Abad, hijo de Don Luis Abad "pandequeso"; Oscar García, el hijo de Don Octavio García; el "tuerto Felipe", Jorge López, hijo de Don Gonzálo López; Saúl Angarita Valencia, hijo del doctor Saúl Angarita R.. El que más nos metía en problemas y le gustaba de pelear era "pandequeso" y el más grosero y ofensivo era el "Tuerto Felipe" Jorge López P.. Posteriormente la historia del Barrio la escribieron los hijos de Don Aníbal Jaramillo, de Don Gustavo Escobar Latorre, de Don Roberto Zuluaga y algunos vecinos de el, como los "Correa Uribe"; los Jiménez, hijos de Benjamín Jiménez "El Gallero" y otros que en este momento no recuerdo.

Otro pasatiempo para esa época era cargar mercados los días sábado y domingo, no se me olvida que en esa época en la Galería le regalaban a uno el callo, el hígado y las demás vísceras.

No podía dejar por fuera a los González Jaramillo los hijos de Don Enrique González Mendez, vecinos de una finca al frente del Barrio Alcázar y buenos vecinos por mucho tiempo.

Fue vecino del Barrio Don Gustavo Giraldo casado con la señora Ligia Mejía y como vivían en la parte de abajo, tenían

unas gallinas y nosotros nos robábamos los huevos y los vendíamos en la tienda de Don Amador Uribe; qué tiempos aquellos Don Aníbal. Los sábados y domingos fueron muchas las monedas que nos ganamos lavando carros y arreglando prados.

8.2 NUESTROS "AÑOS DORADOS" EN EL BARRIO ALCAZAR

En esta hermosa página de Nohemy Estrada de Ochoa se descubre una clara vocación literaria que sólo hasta hoy es visible y conocida a través de esta brillante página de amable sabor costumbrista, trabajada en sencillo pero emotivo estilo, con un mucho de evocaciones y de inocultables sentimientos encontrados cuando el recuerdo asalta a su autora, así:

"Era tal la unión de los habitantes del Barrio Alcázar que nos considerábamos una sola familia: cuanto ocurría, bueno o malo, era motivo de alegría o de tristeza para todos. Y hablo en tiempo pasado, porque el destino nos alejó de esta querida ciudad por varios años, durante los cuales nuestro mejor anhelo era el de regresar algún día a Armenia. Dios nos concedió esa dicha, y a pesar de que ya no podíamos seguir residiendo en nuestro querido Barrio porque habíamos vendido nuestra casa, continuamos ligados a él afectivamente y para siempre.

Para acceder a la solicitud de Aníbal y Grecia, tendré que referirme a las tertulias con nuestros queridos vecinos: a los viajes de Rufino Duque Naranjo a Armenia para ofrecer algunos conciertos, que eran motivo de fiesta en nuestra casa con todos ellos: recuerdo, por ejemplo, que alguna vez lo llevamos a casa de Luis Carlos y Grecia Alzate, ya que teníamos proyectada una reunión del Movimiento Familiar Cristiano y cambiamos esa reunión por un concierto de

Rufino. Otra atracción lo fue la visita del Duetto SAJI, que una noche actuó en la casa de Aníbal Jaramillo con gran beneplácito de todos los asistentes. Entre tanto, Carlos Tobón Correa, quien se hiciera célebre con su hermoso bolero "Pecador", también amenizó en nuestra residencia otra reunión de esa alegre juventud de entonces, al mismo tiempo que su hermano Víctor nos hiciera vibrar una noche recordando las canciones compuestas por Carlos, Jorge Hernán Duque, hermano de Carmenza, fue otro intérprete genial de sus canciones, y alternó con nosotros en esas inolvidables veladas de "El Alcázar".

Y que decir de las "parrandas" que se armaban con Miguel Angel Gómez Mejía, gran amigo nuestro y estrechamente vinculado a todo cuanto ocurriera en nuestro Barrio: en nuestra casa organizó un selecto grupo de baile que posteriormente actuó en el Club América al son de la pieza musical "ON TABAS", mereciendo aplausos y elogiosos comentarios de los asistentes.

Fue esa, realmente, una hermosa época de la que hoy solamente nos quedan gratísimos recuerdos y un profundo e invariable amor por este hermoso Barrio, tan cosido a nuestro corazón con el hilo irrompible del afecto y la devoción. Y a propósito, me asalta ahora a la memoria una anécdota cuando menciono la palabra Barrio: a las alumnas del Alcázar que estudiaban en el Colegio del Rosario, cuando a la hora de salida sus superiores les decían: "salgan las del Barrio", montaban en santa ira, y un día resolvieron asumir una actitud drástica frente a lo que ellas consideraban una despectiva orden; permanecieron sentadas y así enseñaron a las Religiosas a cambiar su inicial expresión por la de: "salgan las del Barrio Alcázar, o las vecinas".

Son tantos y tan gratos los recuerdos de aquellos lejanos tiempos de nuestro Barrio, que me haría interminable si prosiguiera enumerándolos, y de ahí que finalice esta evocación con mi mejor deseo por la mejor de las suertes para todos sus residentes, y que la unión y el afecto continúen rigiendo sus relaciones para que así se conserve, intacto y sólido, el mejor patrimonio de nuestra comunidad: indeclinable voluntad de ser mejores cada día ante la opinión de nuestros conciudadanos".

por cuenta de mi padre, esto nunca varió. Las demás zonas, como el lago, el pueblecito, los rebaños, el desierto y el telón, eran asignados año tras año, indistintamente, a cada uno de nosotros. Cada cual debía utilizar la creatividad para que su zona fuera la más bonita. Nos tocaba hacer las toldas, los árboles y las casas cuando nos asignaban el pueblo; al del lago recortar el papel para la cascada y colocar las matas alrededor del espejo; al de los rebaños hacer los cercos con palos de paleta, o cartón y pintarlos, al del desierto conseguir piedrita pequeña y arena, machacar ladrillo y sacar maizena o harina de la cocina, conseguir cactus para el oasis. En este último caso, alguna vez le preguntaba a mi madre el por qué del desierto tan variado, y ella me respondió que en los desiertos existían arenas de todos los colores, hoy, todavía sigo con la misma inquietud, pues no he tenido la oportunidad de conocerlos.

Todo este proceso duraba muchos días. El 16 de diciembre el pesebre de los Zuluagas no estaba terminado; su elaboración y los ensayos de los villancicos en el Colegio del Rosario nos obligaba a interrumpir las labores. Las novenas se hacían diariamente en una casa diferente, la pólvora era encargada por los señores a Medellín, y la casa que le tocara la novena corría con los gastos de la pólvora.

A cada uno nos entregaban un paquete de velitas romanas y organizaban competencias de darle la vuelta al Barrio, para ver quien llegaba con la velita prendida. Los totes los metíamos en tarros de galletas; la pólvora más peligrosa era quemada por los adultos.

Los instrumentos utilizados para los villancicos eran pande-
retas hechas con tapas de gaseosa insertadas en alambre,
botellas con agua a niveles diferentes, a las que les daba-
mos con una varilla, pitos y maracas. El repertorio era amplísimo pues los ensayos en el Colegio aunque en vaca-
ciones, eran obligatorios, además que las mamás estaban
pendientes de su hora para enviarnos. Eran estas activida-
des navideñas las que más integración lograban en la co-
munidad. A pesar de que en todas las casas se hacía natilla
y buñuelos, permanentemente se intercambiaban platos con
estos comestibles. Adultos y niños participaban de todos
los programas que se organizaban en la noche de la novena.

María Eugenia se solaza así con la evocación de tiempos mejores y le rinde, de paso, un emocionado homenaje a su abuela, su personaje inolvidable:

"... Los fines de semana mi abuela organizaba un fiambre y nos íbamos todos, niños y niñas, para un río a bañarnos y sentarnos a disfrutar del fiambre. Para ella no era ningún problema. Al contrario, antes de salir nos contaba y salíamos en fila india. Después de gozar de un día de campo, regresábamos a la casa con un canasto vacío, el estómago lleno y el cansancio de un día feliz.

Era una abuela muy alegre. En las navidades se levantaba muy temprano; se colocaba una pañoleta sobre su cabeza, su delantal blanco almidonado con orillos de encaje, y en el jardín interior, paraba cuatro ladrillos, sacaba la paila de cobre y empezaba a hacer el manjar blanco; después, la natilla y el tradicional dulce desamargado de su tierra. Durante los días de la novena, mi abuela se disfrazaba y hacía un "carángano", instrumento típico del Valle que consistía en una guadua a la que se le sacaba del centro una astilla y a los lados dos palos, un par de vejigas que ella compraba en la galería y las ponía a secar; luego les echaba piedra muy fina. Se pintaba la cara de negro, su pañoleta, y se iba cantando de casa en casa, con la empleada del servicio que le ayudaba a sonar las vejigas. Una vez llegó a la casa de Isail Mowerman y él no la reconoció. Cuando mi abuela terminó de cantar, él le retribuyó con unas monedas.

Era tradicional en cada casa, durante las novenas navideñas, recorrer los pasos de la Virgen y San José hasta el nacimiento del Niño Dios. En la casa nos tocó el Paso cuando la Virgen y San José buscan algergue para el nacimiento. Mis padres se consiguieron un burro viejo, vistieron a mi hermana Amparo de Virgen y la montaron en el burro y a Alberto Naranjo de San José. Se hizo el recorrido por todo el barrio Alcázar y terminamos en la casa con la quemada de pólvora, la elevada de globos, dulces, natilla, buñuelos, y de paso, mirar de reojo a los grandes, tomándose sus aguardientes.

Do's regalos hicieron época en el Barrio en Navidad: una bicicleta roja que llegó donde las Zuluaga, ¡la locura! era el regalo más cachaco y más peleado; era la única que había y todos queríamos montar en ella. Esta bicicleta le costó a mi abuela la fractura de un brazo. Yo, la que aquí escribe (María Eugenia Angarita), estaba esperando que me la prestaran; un día cualquiera la tenían Esther Botero y Amparo Gómez, y me llamaron para prestármela, y cuando llegué, tremenda tunda me dieron. Al instante grité y mi abuela se encontraba en ese momento en su acostumbrada siesta, al oír el grito mío se levantó y puuummm... al suelo. Total, un mes de yeso.

Otro regalo fue una radiola. Así se llamaba a los que hoy en día sería un equipo de sonido, ¡full equipo!, la verraquera, me disculpan, ¡la locura! los Angarita con radiola, también única en el Barrio Alcázar. No teníamos sino dos discos, pero al son de ellos bailábamos todo el día. Un disco se llamaba "Dos huevos para diez señoritas" (hoy en día se escucha, pero tiene otro nombre) y el otro disco, "Baion de Madrid".

Nos fascinaba ir a la casa de las Zuluaga, pues hacían unas arepas del tamaño de una parrilla y delgadas como una oblea. Los pesebres de Doña Elenita ocupaban toda la sala. En este pesebre había de todo: animales, lagos, toldos con viejas fritangueras, etc., lo mismo era el pesebre de Doña Sofía de Abad, que tenía postes de luz, ferrocarril. Acostumbrábamos a cantar la novena en cada casa y con anticipación recogíamos las tapas de gaseosa, las aplanábamos, les hacíamos un hueco en el centro y las ensartábamos en un alambre haciendo una especie de pan-dereta. Qué lindo fue todo aquello; gozábamos con tan poquito, como la subida a los palos de guayaba, coger moras silvestres, cazar mariposas.

Había en la casa una pileta decorada con tres sapitos y la cara de un león echando agua por la boca. Ese era otro goce, niños y niñas todo el día allí metidos, con frío, con calor, con lluvia, con gripa, no había disculpa para hacerlo. Lo más insólito que haya sucedido en esa época, el bautizo de las Angarita, ¡ya grandes!. Fue un bautizo colectivo por el Padre Mario Martínez Márquez. Ibamos vestidas de blanco, con pavas y paraguas también en blanco. El bautizo se realizó en la Catedral y luego en la Capilla del Orfanato se ofreció un Tedeum.